

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo III



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1968

S U M A R I O

	<u>Páginas</u>
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Actividades del Instituto durante el año 1967, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
ESTUDIOS	
Algunos aspectos del Madrid de Felipe II (Tercera parte), por <i>José Antonio Martínez Bara</i>	17
La más antigua plaza de toros de Madrid, por <i>M.^a del Carmen Pescador del Hoyo</i> .	29
La fecha de los dibujos del plano de Texeira, por <i>José del Corral</i>	43
Noticias de doscientos trece documentos inéditos sobre el Buen Retiro de Madrid y otros Sitios Reales (Años 1612-1661), por <i>Baltasar Cuartero y Huerta</i>	51
Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	81
Notas bibliográficas sobre escritores madrileños de los Siglos de Oro, por <i>José Simón Díaz</i>	117
Relojes y relojeros del Ayuntamiento de Madrid en los siglos XV y XVI, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	141
Sermones predicados en Madrid. I: Siglos XVI y XVII, por <i>Félix Herrero Salgado</i> ...	151
«Ataques» contra la muralla de Madrid en el siglo XVII, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i> .	163
La población de la villa de Madrid en el censo de Aranda (1768-69), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	173
La Real Academia Latina Matritense en los planes de la Ilustración, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	183
Campomanes, los jesuitas y dos Hermandades madrileñas, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	219
Estampas del Madrid dieciochesco. Diversiones populares en las noches veraniegas, por <i>Ramón Esquer Torres</i>	225
Dos grandes músicos «desmadrileñizados»: Manuel García (padre e hijo), por <i>José Subirá</i>	229
El autor y la fecha de un grabado del antiguo Madrid, por <i>Nicolás Cabrillana</i> ...	239
Bosquejo histórico de Don José Duaso, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	253
Algunos aspectos de la alimentación de Madrid, por <i>Demetrio Casado</i>	281

	<u>Páginas</u>
Madrid, motivo y tema literario, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	289
El futuro de la Casa de Campo de Madrid, por <i>Antonio Linares</i>	297
Plan de construcciones escolares en Madrid, por <i>Antonio Aparisi Mocholi</i>	309
 MADRILEÑOS FAMOSOS 	
Fernando VI o el reformismo pacifista, por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	319
Siluetas del madrileño Carlos III, por <i>José Cepeda Adán</i>	331
Alfonso XIII en diez estampas, por <i>Vicente Palacio Atard</i>	341
 MEMORIAS Y RECUERDOS 	
Páginas del «Diario de un campesino del Danubio» en las que se habla de Madrid, por <i>Vintila Horia</i>	357
Este Madrid adoptivo y cotidiano, por <i>José Gerardo Manrique de Lara</i>	371
 SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA 	
Noticias de las actividades del Seminario	383
La ordenación toponímica de Pontejos en 1835, por <i>Federico Romero</i>	385
Nomenclátor literario de las vías públicas de Madrid (Primera contribución), por <i>José Simón Díaz</i>	401
Aportación documental al estudio del callejero madrileño (1860-1963), por <i>Trinidad Moreno Valcárcel, M.ª Teresa González Pueyo, Matilde López Adán, M.ª del Pilar Méndez Fernández y José Manuel Argüelles Garrido</i>	451
Notas de un lector sobre cuestiones de toponimia, por <i>M. P. J.</i>	555
Sobre un «Diccionario de Madrid»	559
 MATERIALES DE TRABAJO 	
Quisquilia, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	565

**DOS GRANDES MUSICOS «DESMADRILEÑIZADOS»:
MANUEL GARCIA (PADRE E HIJO)**

Por JOSÉ SUBIRÁ

«Desmadrileñizados», sí. Perdóneseme este neologismo, sin duda insustituible, dada su exactitud para expresar un concepto que, omitiendo explicaciones o aclaraciones previas, podrá ser comprendido por todos. Y tras esta declaración preliminar, con la que acallaré mis escrúpulos si me los llegase a producir el empleo de aquel vocablo, diré, para empezar, que ambos García ofrecen singulares circunstancias en virtud de las cuales entraron sus nombres con máximos honores en la Historia de la Música. Cierrese aquí el preámbulo y trácense las siluetas biográficas de uno y otro.

I

MANUEL GARCIA, PADRE

No había nacido en Madrid, sino en Sevilla; ni habría de morir en España, sino en Francia; ni se apellidaba García, sino Rodríguez, lo mismo que otro sevillano insigne: el pintor Diego de Silva. Pero mientras éste antepuso al apellido paterno el apellido materno con que se lo conoce por doquier, aquél borró el suyo para adoptar el de su padrastro cuando quedó huérfano de padre muy prematuramente. El nombre completo con que lo designan Diccionarios e Historias es Manuel del Pópulo Vicente García. Acaeció su natalicio el 21 de enero de 1775, y su defunción —en París— el 9 de junio de 1832. Interesadísimo desde muy joven por el canto y la composición, actuó en el teatro de Cádiz con gran éxito. Contrajo primeras nupcias con Manuela Morales, que era hija de un actor, y que ya había trabajado en Madrid

antes de pasar a Cádiz, para volver luego los dos a la capital española, quedando incorporados a una de las compañías teatrales madrileñas en 1798.

Estrenó entonces García su bella tonadilla a dúo «El majo y la maja», cuya transcripción para voz y piano se puede ver en el tercer tomo de mi obra *La tonadilla escénica*, y ahora esta producción se canta siempre con éxito, siendo una de sus más felices intérpretes en España y en el extranjero María Blanca Martínez Seoane. Ascendió ese artista rápidamente en categoría y no tardó en resaltar como tenor eminente, favoreciéndole para su renombre el hecho de que una real orden de Carlos IV prohibiera dar representaciones por artistas extranjeros y usar en las tablas otro idioma que no fuera el castellano, por lo que desde entonces se tradujo a nuestro idioma un gran número de óperas cómicas francesas, como lo puntualiza mi estudio «Operas français chantés en langue espagnole», inserto en *Melanges d'Histoire et d'Esthétique Musicales offerts a Paul-Marie Masson* (París, 1955).

En la misma compañía estaban entonces otros dos insignes intérpretes: el actor dramático Isidoro Maíquez y la cantante de renombre universal Lorenza Correa. Pocos días después de haber dado aquél varias representaciones deslumbrantes del shakesperiano Oteló, ella y Manuel estrenaron la ópera «El casamiento de Fígaro», con lo cual Mozart entró por primera vez en las escenas españolas. Venía uniendo a esos tres actores una sólida confraternidad artística. Por otra parte, ellos dos fueron víctimas de sujetos malévolos e intrigantes, lo que les llegó al alma. Estuvo Maíquez encarcelado algún tiempo. García, después de correr igual desventura durante brevísimo plazo, abandonó España con amargura y alegría, para no volver a pisar nunca el suelo de su patria natal.

Ahora bien, durante algunos años, García se «madrileñizó» en absoluto. Y no sólo difundió bellas óperas francesas, cantándolas en castellano (porque bajo los efectos de aquella real orden se omitió transitoriamente el repertorio italiano), sino que además fue un venturoso creador de «operetas», porque desde muy poco antes la zarzuela había sido olvidada, sustituyéndola entonces aquel género lírico francés. Con tal fortuna las creó, que algunas de las piezas escritas y cantadas por aquel andaluz madrileñizado, siguen cantándose en Europa y en América al cabo de siglo y medio. Conviene advertir que antes de surgir aquella orden restrictiva, García interpretó, en unión de Antonia de Prado (la esposa de Maíquez) y otros colegas, la famosísima ópera «La Nina» de Paisiello. La primera opereta de García fue «El seductor arrepentido», estrenándose el 16 de septiembre de 1802. Traducida del francés y reducida a un acto, satisfizo musicalmente cuando, además de García, la cantaron, entre otros, Laureana Correa (que era her-

mana de la famosísima Lorenza) y Joaquina Briones. Esta última cantante ha pasado a la Historia bajo otro aspecto insoslayable, como veremos ahora interrumpiendo la lista de operetas, iniciadas con la que acabamos de mencionar. Comenzó Joaquina siendo amante y acabó siendo esposa del tenor. Aunque éste no había tenido sucesión con su primera consorte, le nacieron tres hijos de la otra. El mayor, Manuel García, nació en Madrid, y murió en Londres, ya centenario, estando ligado su renombre inmarchitable a la invención del laringoscopio. La segunda fue María Felicia. Nació en Turín el 21 de marzo de 1808; fue una insigne cantante conocida por Madame Malibrán desde que se casó con un señor de este apellido, y habría de fallecer prematuramente en Manchester el 23 de septiembre de 1846. La tercera fue Paulina, y descolló también como cantante, como se la conoce generalmente, aunque sus nombres de pila eran Fernanda Lorenza. Nació en París el 18 de julio de 1821; fue bautizada como hija de Manuel García y de su esposa Joaquina Sitges o Sitches, habiéndose dado a la madre este apellido por haber sido natural de esa población catalana, según supone Cotarelo, si bien aquellas dos hermanas siempre llevaron el apellido Briones. Y Paulina contrajo nupcias con el famoso literato Louis Viardot, siendo desde entonces más conocida por este apellido, como había de ocurrir con la Malibrán.

Prosigan ahora las creaciones «operetísticas» de Manuel García el madrileñizado. Su segunda producción se estrenó el 25 de septiembre de aquel mismo año 1802 con el título «El reloj de madera». Al darle su aprobación el vicario eclesiástico, la calificó como «ópera», pero el censor don Santos Díez González la designó como «pieza en un acto». La acción se desarrollaba en un pueblo de la raya de Francia, y el asunto giró al hecho de que un soldado francés, tras la batalla con los españoles, se había escondido en aquel reloj. Los números musicales disienten del espíritu español tan arraigado en la antes citada tonadilla, cuya letra prodiga los versos eneasílabos.

El 12 de noviembre Manuel García, siempre fecundo, estrenó la opereta «Quien porfia mucho, alcanza». Desarrollábase la acción amorosa en un castillo del cual era alcaide un capitán. Y también aparecen números con letra en versos eneasílabos, cual aquel cuyo principio dice así:

Hoy la esquivéz de las damas,
más que esquivéz es vanidad;
pero el por qué lo callan ellas
bajo el calor de honestidad.

Y la interpretación de esta ópera italiana difundida por doquier, entonces corrió a cargo de Manuel García, Joaquina Briones y Laureana Correa.

También procedía del teatro francés, como la penúltima, y muy probablemente la última, otra que se estrenó el 30 de mayo de 1803. Vertida con el título «El luto fingido», el manuscrito castellano la tituló «comedia»; pero se tachó este vocablo para sustituirlo por «ópera». Al censurarla el vicario eclesiástico la denominó «comedia», y don Santos Díez González le denominó «zarzuela». Tales conflictos lexicográficos producían las operetas de aquel ingenio. Aunque la música es anónima, Emilio Cotarelo supone que tendría por autor a Manuel García.

El superviviente y famoso «polo» que principia con el verso «Cuerpo güeno, alma gitana», pertenece a la opereta. «El criado fingido», que también inspiraría a los censores las mismas divergencias en cuanto a su especie genérica —comedia, zarzuela—, aunque el libreto manuscrito la denominó «ópera en prosa en un acto», cuando corría abril de 1805. Y aquel «polo» se insertó en un número musical en parte declamado, en parte acompañado por la orquesta y en parte sustituyendo ésta por la guitarra. El 21 de julio se estrena «El Padrastro» o «Quien a yerro mata a yerro muere». Teníase por anónima tal producción; pero he restituido su paternidad a la vista del manuscrito musical, donde se declara que tuvo por autor a Manuel García. Antecedió a ella otra en verdad famosa, que hubo de estrenarse a fines de abril con el título «El poeta calculista».

Obtuvieron Manuel y Joaquina una licencia para dar funciones en Cádiz durante algún tiempo. Al formarse la compañía de la Cruz en la primavera del siguiente año, él no quiso actuar allí; pero se le encarceló, dejándosele libre cuando él renunció a la negativa. Y de nuevo en Madrid siguió estrenando operetas. Fue la primera «El poeta calculista», que mantiene lozana su celebridad por haber incluido entre sus piezas musicales un «polo» cuyo primer verso dice: «Yo que soy contrabandista.» Allí había también otros números con versos eneasílabos, y además de la «Sinfonía» inaugural, se ven trozos con el epígrafe «música de descanso», como era usual en los melólogos.

A mediados de diciembre del mismo año se estrenó la «opereta» de Manuel García titulada «El cautiverio aparente». La orquesta era más nutrida que de ordinario y su coro introductivo requería tamboril y pandereta con «música alegre». El 12 de agosto de 1806 estrenó el mismo compositor la opereta titulada «Los lacónicos o la trampa descubierta». La letra era de Enciso y la música anónima. Esta obra fue calificada como «ópera nueva», según la portada del manuscrito y el dictamen del censor eclesiástico, y «opereta», según el censor político, que venía siéndolo don José María Quintana desde unos meses antes.

En una de las funciones de gala organizadas para festejar el nombramiento de almirante recaído sobre Godoy, se estrenó a mediados de enero de 1807 la «opereta» de Manuel García, con libreto vertido del francés, «Los ripios del maestro Adán». En la interpretación intervinieron la Briones y Laureana Correa, entre otros, así como él, quien se acompañó a la guitarra una trova amorosa que sería uno de los números más gustados. Y la producción finalizaba con un sexteto epitalámico. Así terminó en España sus actividades bajo la doble faceta de cantante y compositor teatral ese insigne músico, si se descuenta su intervención en el oratorio «Jerusalén destruido por Nabuco», con música del advenedizo José María Francesconi, que debía su principal mérito a la circunstancia de estar casado con la famosa tiple María López, y que pronto se olvidaría. La obra se cantó en la Cuaresma de 1807.

Después Manuel García se «desmadrileñizó», lo cual favoreció al empresario Francisco Alonso, pues según una carta que ha trasladado Narciso Alonso Cortés a su obra *El teatro en Valladolid*, no sólo tuvo García una asignación mayor que la acostumbrada, con el consiguiente perjuicio económico, sino que además, el público dejaba de asistir al coliseo cuando no actuaba el eximio cantante. Fingiéndose enfermo, al parecer, abandonó Madrid; obtuvo licencia para actuar en Valladolid y de aquí se marchó directamente a Francia, llevando sobre sí muchas alegrías, no pocas amarguras y la compañía de Joaquina Briones.

Una vez lejos de España, García recorrió muchísimo mundo bajo su doble faceta de creador e intérprete. Prosiguió componiendo óperas absolutamente ajenas al espíritu nacional del país que le viera nacer y canciones de saber netamente andaluz, entre ellas la titulada «El Karrakiki y el Karrikaka», que él mismo, y después sus hijas la Malibrán y la Viardot, cantaban en los más suntuosos salones de las principales urbes europeas. También inspiró a Rossini, según es fama, algunos rasgos ibéricos que asoman en la famosa ópera «Il barbiere di Siviglia», estrenada en Roma por él mismo precisamente. Cantó con el mayor éxito en Turín, Roma y Nápoles. Para el teatro de San Carlos de esta ciudad escribió la ópera «El califa de Bagdad». Después fue primer tenor en el Teatro Italiano de París; en Londres, donde fundó una escuela de canto; en Nueva York y en otras poblaciones. Además de tonadillas y operetas y ballets, cuenta su producción con 21 óperas italianas y ocho francesas, figurando en ese caudal lírico la titulada «Don Quischiotte», a todo lo cual se suman inspiradas melodías.

II

MANUEL GARCIA, HIJO

Este madrileño de nacimiento abrió los ojos por vez primera en la calle del Limoncillo, 19 (denominada luego travesía del Reloj), con vuelta a la de Fomento. Lo bautizaron en la parroquia de San Martín con el nombre de Manuel Rodríguez Siches, y según noticia dada en el folleto «Homenaje del Ayuntamiento de Madrid a don Manuel García» (Madrid, 1924), de acuerdo con el útil libro *Manuel García, su influencia en la laringología y en el arte del canto*, escrito por el doctor A. G. Tapia (Madrid, 1905), «sus padres fueron el famoso cantante Manuel Rodríguez Aguilar, conocido en el mundo del Arte con el nombre de Manuel del Pópulo Vicente García, y la bailarina Joaquina Siches Briones». Añádese ahí que al quedar viuda la madre de Manolito, contrajo nupcias con un tal García, que era el apellido de su padrastro, y que logró para el hijastro una plaza de infantil en el coro de la catedral. Contaba entonces el niño seis años, y empezaron a conocerle por García, en vez de Rodríguez. Deseando luego perpetuar el apellido con que había triunfado su padre, logró el cambio oficial del suyo, como consta —según ha expuesto el doctor García Tapia— al margen de la correspondiente partida de bautismo, en virtud de mandamiento del señor Vicario eclesiástico, con fecha de 21 de enero de 1842. Reproduzco minuciosamente estos datos, porque amplían en parte y en parte rectifican algunos que suelen repetirse sobre aquellos dos memorables músicos.

Al ausentarse el tenor de España, poco antes de la Guerra de la Independencia, el niño quedó al cuidado solícito de sus ascendientes, y del recuerdo de aquella lucha madrileña contra el invasor, conservaría posteriormente un recuerdo imborrable. En 1815 se reunió con sus padres en Nápoles, donde se inició en el canto, y de su estancia en aquella población quedó prendido con horror el recuerdo de la ejecución de Murat. Pasó luego a París, siendo entonces discípulo de Fétis; y en 1825 marchó con sus padres a Nueva York, cantando allí en el teatro Price. Aunque se ha dicho que en la compañía teatral dirigida por su padre hacía él papeles de segundo bajo, esto encierra una falsedad, pues, según testimonió su hermana Paulina Viardot, tenía voz de barítono, más inclinada a la de tenor que a la de bajo. Sin embargo nunca brilló, a diferencia de sus hermanas, lo cual habría de explicar él mismo en el artículo «Crítica de la obra de Morrell Mackenzie, "Higiene de la voz"». No dejó reposar la voz durante la época de la mutación y por tal causa se arruinó como cantante irremisiblemente. Abandonó

la escena en 1829 y en vez de rendir culto a Apolo, fue servidor de Marte. Al preparar Francia por entonces la conquista de Argelia, organizó con tal motivo un ejército expedicionario, y Manuel, prevaleciendo de la influencia que tenía su hermana la Malibrán, consiguió en aquel ejército una plaza administrativa. Embarcó en Tolón cuando corría el mes de mayo del año siguiente, para regresar a la metrópoli una vez conquistada la ciudad de Argel. Entonces fue destinado con otro cargo administrativo a los hospitales militares de Francia. Eso, tan alejado aparentemente de la música, despertó en él una inclinación que habría de conducirle de nuevo al interés por lo musical, pues, asistiendo a numerosas clínicas, advirtió el gran papel que desempeñaba la Fisiología para la educación racional de la voz. A partir de entonces se interesó por los estudios anatómicos de la laringe y acabaría dando al arte del canto un sesgo científico absolutamente nuevo.

Entonces decidió fundar con su padre, el compositor y tenor de igual nombre, una Escuela de canto en la capital francesa. Todo aspirante al ingreso en aquel centro docente debería seguir un tratamiento especial si lo necesitase. Reproduzco textualmente lo que se ha escrito al respecto: «Sus nociones de anatomía, el conocimiento del papel que jugaban el velo del paladar, la lengua, los músculos laríngeos, etc., en la modificación del timbre de la voz, servíanle para encauzar al alumno en el ejercicio voluntario de cada una de esas partes para obtener el efecto deseado. Además, con esa base, le era posible enseñarles el arte de modificar el aparato vocal, a fin de separar clara y voluntariamente los sonidos producidos con voz de pecho de los emitidos con voz de falsete.» Tuvo aceptación y difusión universales aquella escuela de un madrileño tan alejado de España desde tanto tiempo atrás, y en premio a esa labor —científica y artística de consuno— le nombraron con todos los honores profesor del Conservatorio de París. En el Instituto de Francia leyó el 16 de noviembre de 1840 su célebre *Memoire sur la voix humaine*, para dar cuenta de sus investigaciones en el terreno fisiológico. Transcurridos otros siete años, apareció en aquella capital su *Traité complet de l'art du chant en deux parties*, que amplió el método sobre aquella materia escrito por su padre; y la nueva producción fue acogida con tal interés por doquier, que se tradujo a varios idiomas y la adaptaron como texto oficial para esas enseñanzas diversos países.

Su inteligencia, su vocación y su perseverancia le impedían dormirse en tan preciados laureles. Tenazmente prosiguió unas investigaciones, que le conducirían a la invención del laringoscopio tras largos experimentos. Comenzó a hacer disecciones en los perros y después las extendió a los seres humanos, extirpando en París laringes a los cadáveres de inválidos para

estudiar en su propio hogar minuciosos detalles anatómicos. Después observó directamente la función de la glotis en seres vivos. Como la profundidad de la laringe era inaccesible a la luz, resolvió esa dificultad en 1854 al hacerse construir un espejo y ponerlo en condiciones de que prestase el beneficioso provecho que hubo de darle inmortalidad. En 1855 presentó a la Real Academia de Londres su memoria *Physiological observations on the human voice* y desde entonces adquirió pleno desarrollo la ciencia laringoscópica.

Precisamente aquel sabio artista era profesor de canto en la Real Academia de Música londinense desde ese mismo año 1855, y prosiguió allí sus labores docentes durante cuarenta más, sintiéndose aún con firmes energías cuando le llegó la hora de la obligada jubilación. Con él estudiaron cantantes bien pronto insignes, como Jenny Lind, Cristina Nilson y Julio Stockhausen...

Aquel Manuel García, hijo de otro Manuel García y de Joaquina Briones o Joaquina Siches, contrajo nupcias dos veces. De su primer enlace nacieron dos hijos varones —Alberto y Gustavo—, que después serían profesores de música en la capital británica. De su otro enlace tuvo dos hijas, con la particularidad de que la segunda nació cuando el padre contaba ochenta años de edad y la madre, sesenta.

Fue tan portentosa la longevidad de aquel varón, que al cumplir los cien años de edad se celebró en Londres un gran homenaje en honor suyo. El rey Eduardo VII le llamó al real palacio para imponerle la Cruz de Comendador de la Orden de Victoria, y tras esto, en los salones, la Sociedad Laringológica de la capital británica, se le impuso en nombre del Emperador de Alemania la cruz de la Ciencia, encontrándose presentes al acto los más destacados científicos de la Gran Bretaña y el Embajador español. Se adhirieron al homenaje solemnísimamente Alemania, Rusia y el Japón; además enviaron mensajes los soberanos de varios países, entre ellos España, y numerosos centros científicos y universitarios de ambos mundos, así como la Real Academia de Música y el Real Colegio de Música londinenses. A ello se debe añadir la concesión de la Gran Cruz de Alfonso XII y el Mensaje del Ayuntamiento de Madrid. Ochocientos amigos del agasajado costearon un retrato que de él hiciera el reputadísimo pintor inglés Mr. John S. Sargent. Aunque vivía en buen estado de salud, habría de fallecer al año siguiente.

Su recuerdo no se borró en la memoria de aquel Madrid que lo había visto nacer en la calle del Limoncillo. A ello contribuiría el gran doctor otorrinolaringólogo don Antonio García Tapia, que había asistido al homenaje londinense y que dedicó un estudio biográfico y científico a Manuel García. En noviembre de 1910, varios concejales pidieron que se diese aquel nom-

bre a una de las calles de nueva apertura. En junio de 1911 se acordó aceptar en principio la idea; pero impidieron su inmediata realización las disposiciones vigentes entonces, ya que no podía preconcederse de tal modo hasta que hubieran transcurrido diez años por lo menos desde la defunción de una persona. El Ayuntamiento volvió sobre el asunto en marzo de 1918, y tomó el acuerdo de dar a Manuel García el nombre de una calle y de que en la correspondiente lápida figurase el busto y la mención de aquel invento. Transcurrido unos años más, y llegado el 13 de octubre de 1924, el Ayuntamiento y la Real Academia de Medicina dieron efectividad a la segunda parte del referido acuerdo. En aquella corporación académica pronunciaron sendos discursos el doctor Cortezo y el doctor Carracido. El primero, amante de la música, recordó que en Madrid habían nacido la Patti. El segundo enalteció la memoria del homenajeado y expuso que en materias de investigación científica, por mucho que hagan quienes descubren hechos nuevos, más valen quienes descubren nuevos métodos de trabajo. Y el Alcalde cerró aquel acto diciendo que el Ayuntamiento de Madrid se honraba en colaborar allí con las más altas representaciones de la Medicina. Fueron todos, bajo mazas, tras esto, a la calle del Reloj para descubrir una lápida hecha por Vela del Castillo, en cuyo bajorrelieve aparecía un busto llevando al pie la inscripción «A Manuel García Siches, Inventor del Laringoscopio. Nació en esta casa en 1805. El Ayuntamiento de Madrid». Reproduce esa lápida el folleto editado a la sazón bajo el título «Homenaje del Ayuntamiento de Madrid a don Manuel García, Inventor del Laringoscopio».

Posteriormente se le han rendido más homenajes enaltecedores. Fue solemnisimo el que a fines de octubre de 1955 organizó oficialmente el Ministerio de Educación Nacional para festejar el centenario del descubrimiento del laringoscopio, por iniciativa del catedrático de la Universidad Central don Guillermo Núñez. Bajo la presidencia del señor Laín Entralgo, que llevaba la representación del Ministro, se celebró un acto en el cual pronunciaron discursos los señores Núñez, Hinojar, Sánchez Rodríguez y Sopeña, y además se descubrió una lápida en la casa donde había nacido Manuel García.

Transcurridos once años más, y llegado el 10 de noviembre de 1966, el Instituto de Estudios Madrileños celebró otra sesión conmemorativa en el Salón Real del Archivo de Villa (Plaza Mayor, 27). En aquel acto intervinieron cuatro señores. El doctor don José Alvarez-Sierra, miembro del Instituto, disertó sobre «Madrid en el progreso de las Ciencias»; don Julián de la Villa, decano de la Beneficencia de la Villa, habló sobre el tema «Lo que debía ver Manuel García al explorar su propia laringe», y los doctores don

José María del Corral, catedrático de Fisiología en la Facultad de Medicina, y don Guillermo Núñez, catedrático de Otorinolaringología en la misma Facultad, leyeron sendas disertaciones cuyos títulos dicen: «La fisiología de la voz» y «Aplicación del descubrimiento de Manuel García a la clínica laringológica».

Para terminar este artículo diremos que dieron el nombre de Manuel García a una calle de Bruselas, y que, según el folleto «Distritos postales de Madrid y Barcelona», no sólo una, sino tres calles (una en el distrito segundo, otra en el barrio de Extremadura y otra más en Vallecas) tienen también el nombre de aquel sabio artista que había pasado muchos días y muchas noches meditando sobre los estudios físicos de la reflexión y refracción de la luz y la fisiología de los repliegues de la glotis. Y añadiremos que existe una copiosísima bibliografía acerca de esta personalidad, como lo detalla puntualmente el apéndice del amplísimo estudio que en la revista internacional *Folia Phoniatrica* (Suiza, 1954) publicó Franz Cuno con el título «Manuel Garcia's Marotte Scientifique. Zur Entstehungsgeschichte», habiéndome obsequiado este autor con una separata. Esas instructivas páginas, escritas al cumplirse el centocincuenta aniversario del nacimiento de Manuel García y el centenario de su descubrimiento, refieren también los progresos realizados posteriormente en el terreno de la fonética merced a las adquisiciones físicas y técnicas de otros hombres ilustres.